



LA DIRECCION ESCOLAR Y LA DIVERSIDAD:

A TRES VOCES Y TRES MIRADAS

Mireya González Lara

mireyagonzalezlara@fundacionconvivencia.org

Asesora de la Fundación Convivencia.

Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, Especialista en Enseñanza de la Historia y Magister en Historia de la Pontificia Universidad Javeriana.

*“El Otro, el diferente, puede despertar miedo, zozobra o mera inquietud. Su aparición es sentida como amenazante, porque no encontramos en ella indicio alguno sobre nuestra propia singularidad: el Otro está ahí, ante uno, sin signos de un algo que indique la posibilidad de reflejarnos. Su presencia, sin embargo, es la gran confrontación de que existimos sin saber por qué somos lo que somos”
(Emma León, El Monstruo en el otro, p.11)*

Dentro de las problemáticas educativas actuales, indudablemente la convivencia escolar ocupa un lugar privilegiado. Sobre el tema se han producido estudios e investigaciones, realizado proyectos e iniciativas, producido material para docentes, padres y estudiantes; ha convocado a



expertos de diferentes trayectorias y especialidades, e incluso, a políticos que han sacado adelante nuevas leyes y decretos. Al declararnos como un país plural y multicultural en la carta constitucional de 1991, comenzaron a trazarse caminos que permitieran en un mediano plazo, la superación de los estigmas, el racismo y la discriminación que habían caracterizado las formas de relación entre los colombianos.

Al menos dos décadas de trabajo sostenido en educación, a través de un conjunto de discursos, mecanismos, escenarios y procedimientos orientados al reconocimiento y respeto a la diversidad étnica, religiosa, cultural y sexual, hoy pareciera no haber producido los cambios culturales esperados. A la vera del camino, nuestro balance no es el mejor. Los últimos debates de dimensiones nacionales han puesto en evidencia la complejidad del tema frente al reconocimiento del otro y la otra, en toda su extensión: como sujetos éticos, políticos, sexuados, emocionales, entre otros. Los contenidos de los debates vuelven a poner en la mira a la educación, en tanto los colombianos seguimos actuando bajo imaginarios y lógicas que no dan un lugar al otro, a la diferencia, e incluso, han ganado legitimidad los posicionamientos públicos que proponen “desandar” el camino transitado.

Hemos querido conversar sobre el tema de la diversidad y la convivencia escolar con tres directores de colegios de Bogotá, que desde sus espacios seguramente logran dimensionar la problemática y hacer de la escuela una oportunidad para la sociedad. Queremos indagar con ellos, sobre la manera como se expresa la diversidad en la escuela, en su convivencia y cotidianidad, y en su ejercicio de la dirección y gestión institucional.

El primero de ellos es Alejandro Álvarez Gallego, profesor de la Universidad Pedagógica Nacional e investigador y miembro del Grupo de Historia de la práctica pedagógica; Alejandro es rector del Instituto Pedagógico Nacional (IPN) desde el 2014. Nuestro segundo invitado es el profesor de Ciencias Sociales

Armando Calderón, quien tiene una larga trayectoria en el sector educativo de la ciudad como rector de colegios públicos y director local de educación; desde hace cuatro años es rector del colegio El Salitre ubicado en la localidad de Suba. Y la tercera rectora invitada es la profesora María Cristina Cermeño, quien ejercerá la dirección de la Escuela Normal Superior María Montessori hasta el mes de diciembre de 2016. La profesora Cermeño ha sido maestra toda su vida y fue coordinadora antes de asumir rectorías de distintos colegios públicos de la ciudad. Termina su carrera profesional al frente de una institución que se ocupa de la educación de niños, niñas y jóvenes, y además de la formación inicial de docentes.

La conversación que presentamos a continuación es resultado de las entrevistas que realizamos a cada uno de nuestros invitados, y de la organización y tematización que la autora realizó.

La emergencia de la mirada: de la homogeneidad a la diversidad

La diversidad es un acontecimiento en la escuela y por ello puede ser fechado el día y la hora de su arribo. No ha sido siempre un discurso o una aspiración educativa en el país; los tres rectores coinciden en afirmar que la diversidad “apareció” en la escuela y se quedó, trayendo consigo mayores retos y a veces, complejidades. Hubo un antes, un tiempo en el que las finalidades, perspectivas o propósitos del sistema educativo no necesariamente estuvieron asociados con el reconocimiento de la diversidad y la pluralidad. Nuestros tres maestros rectores fueron formados en paradigmas de la pedagogía, de la escuela y la educación basadas en la “normalización”, que se entendía como una necesaria “domesticación” de los cuerpos y las mentes de los sujetos, y a la vez asistieron a la efervescencia y persistencia de las luchas sociales y políticas de los años 80 del siglo XX, de grupos minoritarios de campesinos, negros, indígenas, mujeres y de personas con discapacidades y diferentes opciones sexuales y de género, que irrumpieron en los

discursos educativos que sirvieron de referente a los proyectos políticos que se formalizaron en la década de los años 90.

La diversidad no era problema para la escuela, pero comenzó a entenderse así por efecto de las políticas públicas. Para el profesor Armando, el proceso de estandarización iniciado en el presente siglo exacerbó los problemas, la contradicción, cuando se trató de “meter a todo el mundo en un “mismo molde” y a la vez, paulatinamente, fue desapareciendo la autonomía de los docentes, del rector, de la comunidad. En la convivencia sucedió algo similar; desde mi punto de vista todo se volvió jurídico, y ha sido la mejor excusa para no meterse en líos. Todos nos ajustamos a lo que está ya definido en el manual, en la ley, en el código; se habla de disciplina, sanción, evidencia y debido proceso. ¡Nos volvimos jurídicos!”, puntualiza el rector.

Los tres directivos coinciden en afirmar que hay opciones al proceso de “judicialización de la convivencia”; “otros directivos hemos favorecido la construcción de comunidad a partir de la convivencia cotidiana; en ella se regula la norma entre los chicos, entre pares, con los docentes y los padres y madres de familia”. Alejandro subraya la importancia de trabajar a favor de la constitución de comunidades, por ejemplo “el día de la familia ahora lo llamamos de la comunidad; adicionalmente, tenemos un proyecto de bienestar que está trabajando con los muchachos la creación de comunidades no por cursos ni por grados, sino revueltos”.

María Cristina y Armando añaden que los estudios y las investigaciones también son importantes para hacer visible lo que en el día a día no es posible ver. En la Escuela Normal “las orientadoras hicieron un estudio y miraron que había más o menos 80 chicos, niños y niñas, que tenían alguna dificultad de aprendizaje; estas dificultades, algunas eran físicas, otras eran un poco emocionales y otras cognitivas pero ninguna con diagnóstico. Hasta ese momento ninguno sabíamos de la existencia de estos chicos”. Y en El Salitre, se adelanta una investigación con los estudiantes de la Pontificia

Universidad Javeriana sobre los factores que inciden en la formación integral de los niños en la escuela. “Esta investigación nos está dando luces para interactuar con las familias acerca de las condiciones generales que requieren los estudiantes para tener mejores aprendizajes”.

La diversidad toma diferentes formas en las escuelas. Para su rector, en el colegio El Salitre la diversidad se expresa en el lenguaje. “Bogotá ha aprendido a hablar en varios idiomas; en el lenguaje que corresponde a la escuela bogotana y en costeño, en santandereano, o en llanero, por ejemplo. Hace unos años la escuela no era diversa, era cachaca. Comenzaron a llegar niños de todas partes, que le hablaban cantadito a los maestros o con modismos poco aceptados por ellos”. La diversidad de las comunidades educativas corre paralela con la de los docentes, porque no hay diferencia alguna entre el ser humano docente y el ser humano estudiante; todos estamos inmersos en un espacio territorial y dentro de unas realidades. Y termina comentando el profesor Calderón: “Entonces le digo a los profesores que cuando les pregunten si su colegio es bilingüe, digan con orgullo que sí. Que en el colegio se enseña español pero también costeño, valluno, paisa y que incluso hay veces somos trilingües, que medianamente sabemos cosas de inglés y nos hacemos entender. Y eso es diversidad: los lenguajes de las tecnologías, de los territorios, los lenguajes de la escuela, de la ciencia y del contexto”.

En la Escuela Normal Superior, la rectora subraya que “la mayor resistencia de los profesores es hacia los estudiantes con temas cognitivos, con dificultades de aprendizaje. Ha habido mucha resistencia de los maestros pues no saben cómo atenderlos”. Comenta que la discapacidad pareciera ser un tema que interpelara profundamente el saber y la práctica del docente; no es suficiente lo que conoce y hace el maestro de manera regular, y le exige de mayor esfuerzo y dedicación. De allí que los maestros no quieran que la Escuela Normal sea reconocida en el ámbito distrital como una institución que hace inclusión.

Este tema también lo referencia el profesor Alejandro. El IPN tiene una larga tradición de trabajo con estudiantes que tienen discapacidad, y a pesar de los discursos más contemporáneos, la institución no ha hecho el tránsito hacia la inclusión de los estudiantes al aula regular manteniendo su esquema de atención en “aulas especializadas”. Para un académico como él, este es un tema que requiere de su mayor cuidado y atención, pues aunque teóricamente esté en contra del tipo de atención que conserva el colegio, ha encontrado que las maestras tienen argumentos importantes en defensa de este esquema. Su opción como rector ha sido aprender de la experiencia antes de proceder a promover su transformación. Para ambos directivos, la permanencia de los estudiantes con discapacidades cognitivas o físicas ha sido una oportunidad de aprendizaje muy importante para toda la comunidad educativa.

Las diferencias sexuales y de género parece que no fueran un problema importante en la convivencia escolar; los tres concuerdan en que se han tramitado de manera muy tranquila en los colegios. María Cristina advierte que los padres son más críticos y, en especial, las familias que profesan la religión cristiana. “Entre la comunidad de maestros y estudiantes no tenemos mayores dificultades; hay maestros con diferentes opciones sexuales y no ha habido ningún problema. Ellos son respetuosos con los estudiantes, y también lo contrario; tú no oyes a los estudiantes poniéndoles sobrenombres o moteos ofensivos”.

Sin embargo, los directivos consideran que hay otras formas de la diversidad en las comunidades de los centros educativos donde laboran. Se refieren principalmente a niños y niñas de diferentes estratos sociales, a los hijos de desmovilizados, desplazados o incluso, excombatientes; a los jóvenes que hacen parte de algunas de las tribus urbanas de la ciudad, o estudiantes que profesan diferentes religiones; a niñas y jóvenes que abogan por sus derechos y el buen trato a las mujeres, y familias indígenas, campesinas, negras y raizales que han hecho de Bogotá

su hogar. Todas las condiciones habidas y por haber están en la escuela. También hay chicos abandonados, familias complejas con hijos de otras parejas, madres y padres cabeza de familia; ha habido padres que dejan embarazadas a sus hijas, padrastros que tienen su compañera y a la vez conviven con las hijas de ésta, chicos que viven juntos, o estudiantes que ya tienen un hogar.

Todo un variopinto social, cultural y político del país que hace convergencia en la escuela, y allí conviven. La cotidianidad escolar les interroga cada uno de los presupuestos que tienen como maestros y como ciudadanos; lo sólido se desvanece en el aire. No hay fórmulas para convivir con los otros; solamente podemos hacer de la escuela un gran laboratorio social donde cada uno tengamos la oportunidad de manifestar lo que nos incomoda, nos interpela o nos da miedo de los otros.





Las complejidades de la mirada: itinerarios de la diversidad en las escuelas

La reflexión y la acción son ejercicios propios de la escuela, y se potencian aún más cuando se habla de su diversidad. Variadas acciones y de diferente naturaleza han emprendido estos rectores en los colegios que dirigen. En las tres instituciones coinciden acciones con estudiantes que tienen algún tipo de discapacidad, y cada una de ellas se encuentra en diferente nivel de desarrollo. En la Escuela Normal, justo al momento de la entrevista, ocurría un debate sobre las implicaciones de adoptar este tipo de proyectos por parte de la Institución: “aunque caminamos hacia una concepción de la inclusión relacionada con el tema de la diversidad, como una condición del ser humano, y le trabajamos con mucha cautela para no crear más preocupaciones en nuestros maestros, ha habido un fuerte rechazo por parte de ellos a que la Normal empiece a llamarse institución inclusiva. No puede aparecer que la Normal sea una institución inclusiva porque entonces nos van a empezar a mandar niños con determinadas situaciones y entonces qué hacemos.”, comentaba su rectora. “Al escuchar a los maestros me quedé muy sorprendida por el desconocimiento de lo que significa el ser humano. Todavía algunos condenan cierto tipo de orientación sexual, o que haya estudiantes que tengan déficit cognitivo; no aceptan que haya estudiantes con síndrome de Down, o que tengamos en la Escuela Normal algunos con limitaciones físicas. Creo que hay un poco de arbitrariedad porque no hay conocimiento sobre el tema”.

Sin embargo, el rector de El Salitre sostiene que la mayor dificultad para la inclusión no está en la buena voluntad contenida en sus discursos, sino finalmente en “(...) la realidad de lo que uno debe administrar; los niños con necesidades cognitivas especiales estaban en otros centros, en otros lugares, estaban en otros sitios. De pronto la política cierra esos centros y todos los niños van a la escuela para hacer una escuela de inclusión; el discurso está perfecto, bien montado, pero las condiciones de los niños dentro de la escuela y del

aula no son las mejores, son insuficientes y hacen casi imposible su implementación.”

Pareciera, entonces, que las posibilidades de la inclusión en la escuela se movieran entre dos tipos de problemas: en las implicaciones laborales y de formación que tiene el tema para los maestros y directivos, y también, en las condiciones institucionales para su realización. Sobre este último punto, el profesor Armando se extiende en su explicación; “nombran una docente por cada 50 estudiantes con necesidades educativas especiales en un colegio distrital; además de enseñar a los chicos, esta profesora debe enseñarle a los demás profesores cómo realizar su manejo de clase con ese niño”. En el colegio El Salitre se tiene aula diferencial, pues, continua el rector, “sería muy complicado que el lenguaje de señas se dé en el mismo salón donde estén con los otros niños (...) ambos se podrían distraer”.

La mayor atención que demandan los niños y niñas con discapacidad se ilustra con el siguiente ejemplo; “acá hay una niña que tiene Down en rango moderado, no leve; la niña requiere un acompañamiento distinto porque ella pateo, pega, maltrata a los otros niños, la niña sale corriendo y la maestra detrás de ella ante la angustia que le produce que pueda pasarle algo. Los demás niños quedan en el salón. Nosotros hemos escrito todo lo que ella requiere, otro acompañamiento distinto, una institución diferente; lo cierto es que en esas mismas condiciones hemos tenido chicos autistas, con parálisis cerebral, etc.”

Pero también hay una mayor exigencia a la dirección y gestión de las Instituciones Educativas con la implementación de proyectos relacionados con la inclusión; “Todo el mundo se dirige al rector basándose en el artículo 23 de la constitución nacional que establece el tutelaje de los derechos. Todos los días nos cuidamos de no equivocarnos y de no proceder tampoco tan alejado de una forma que nos pueda traer serias dificultades en el ejercicio profesional, porque después de la ley 715 y del acto legislativo del No. 001 de 2002, la

carga administrativa de los colegios quedó en cabeza de los rectores”. Y continúa: “también tenemos bajo nuestra responsabilidad la implementación de la ley 1620 y todo su articulado”, y luego sentencia: “(...) en unos años muy cercanos se puede llegar al fracaso en la educación pública porque no hay manera de tener éxito estando a la cabeza de una institución con 3500 estudiantes, y atendiendo a una normativa compleja con cantidad de funciones jurídicas, financieras, contables, académicas, de convivencia, y que determinan responsabilidad directa sobre el rector”.

En consecuencia, pareciera que la diversidad en la escuela expone la inviabilidad de las actuales formas de organización de los colegios públicos; sobre un pequeño equipo directivo recaen las tareas propias de la institución, otras que dependen de las direcciones locales y las que se trabajan directamente con la Secretaría de Educación. “Entonces va a llegar un momento que colapsa y se dirá, esos colegios públicos no funcionan”. El sistema educativo distrital está colapsado y fracturado, y cada nivel está tratando de resolver sus propios problemas.

A esto se le suman las exigencias que permanentemente hacen las familias a la escuela, que incluso desbordan en la mayoría de los casos, su ámbito de acción. Al respecto, María Cristina expresa: “ese tipo de exigencias o comportamientos de la familias ha sido muy duro. Nosotros hemos producido respuestas que han permitido disipar un poco la tensión. Sin embargo, se sabe que hay algunos temas de especial atención y cuidado por parte de las familias, que siguen siendo discutidos “por debajo de cuerda”; incluso con el apoyo de algunas personas de los colegios, que por sus convicciones están a favor de “sacar a alguien de la escuela”.

Los tres directivos están de acuerdo en cuanto a la importancia de los docentes para el reconocimiento de la diversidad en la escuela. Seguramente no se trata de hacer una formación disciplinar, titulada y universitaria, sino de un trabajo mancomunado en la cotidianidad escolar que nos permita comprender



las formas de la diversidad de lo humano, y podamos indagar por su constitución como maestro, y por su propio quehacer. María Cristina insiste en que “Pensar que ser maestro es una cosa muy fácil, es desconocer una acción compleja porque apunta al ser humano”.

Armando comenta que es importante trabajar directamente con los maestros, compartir lecturas de contextos, de la institución, de las situaciones y de los individuos; que cada cual muestre sus posicionamientos y perspectivas seguramente permitirá entender el valor de la cultura y de las diferencias entre los sujetos. Es importante descifrar ¿quiénes son los niños o los jóvenes hoy?, ¿cuáles son sus sensibilidades, inquietudes e intereses?

Parecieran una opción los procesos de autoformación centrados en la reflexión y, de acuerdo con María Cristina, procesos formativos que apunten a la formación emocional de los maestros: “me parece que cuando confluyen una serie de líos y de cosas en el aula de clase, el maestro emocionalmente no está preparado para afrontarlo y entonces puede irritarse, puede regañar y puede ser injusto con un niño que aprende con la necesidad de mayor tiempo de dedicación”.

Para Alejandro, el tema de la diversidad no es un asunto exclusivamente de poblaciones o de sujetos específicos, sino más bien de los códigos y las convenciones en donde se mueve la sociedad. Como colectivo seguimos discriminando, estigmatizando o simplemente señalando lo que se ajusta o no a lo que se considera deseable para todos. En este espacio se juega lo que realmente mueve a los sujetos, ya no en su fuero interno sino en lo que se detona en la relación con los otros, sin la mediación de la razón o de los discursos.

En esta perspectiva menciona el proyecto “Fronteras”, que arranca con el propósito de superar la estigmatización que los estudiantes han construido acerca de cada uno de los colegios que se encuentra en los límites del Pedagógico. “Hemos formalizado el proyecto los tres rectores: el del Colegio Reyes Católicos, que tiene una población de estratos muy altos (5 y 6); el Colegio Usaquén a donde asisten estudiantes de los barrios populares de la localidad, y el Pedagógico donde tenemos población de diferentes estratos socioeconómicos. Comenzamos a abrir las puertas de los tres colegios para encontrarnos y tratarnos por igual. Ya hemos compartido los espacios a la hora de los recreos, y avanza-

mos en compartir otras instalaciones de los colegios, de acuerdo con las necesidades de los estudiantes. Tenemos una delegación de profesores que se están integrando al proyecto y tenemos la idea de hacer una expedición por la convivencia, para intercambiar con otros dos colegios de la localidad, y aprender unos de otros”. Emocionado, Alejandro sigue contando que lograron una financiación del Ministerio de Educación a través del Programa “1 aliado por 10”, en el que el ministerio está dando 10 millones de pesos a los colegios de élite, que se llaman exitosos, para que apadrinen un colegio oficial. “Aunque el proyecto estaba dirigido al mejoramiento de las pruebas de matemáticas y ciencias, nosotros nos colamos a través del Colegio Reyes Católicos que fue convocado. Sin embargo, ellos le dijeron al Ministerio que tenían una alianza con el colegio Usaquén y con el Pedagógico para un trabajo mancomunado sobre la convivencia. Eso les sonó como raro e interesante y como que va a funcionar. Esperamos vincular a los otros dos colegios”.

Con el proyecto comentado, Alejandro puntualiza: “si queremos construir comunidad educativa es importante reconocer el territorio local más allá de las fronteras de nuestros colegios, y de nuestro trabajo cotidiano que cada vez nos aísla más y nos enconcha. El movimiento local es una maravilla y la dirección nos está apoyando. Los muchachos han valorado muchísimo el proyecto; ellos se encargan de los encuentros, de las actividades. Los mismos muchachos dicen estar equivocados frente a lo que pensábamos de ellos. Entonces ese proyecto es muy bonito y nos está abriendo muchas cosas. El reto para mí es el trabajo con los otros dos colegios porque sus contextos son muy difíciles; hay pandillas y actúan grupos de paramilitares. Los profesores están muy contentos de sentirse acompañados”.

En general, entonces, los colegios han ido avanzando. En el colegio El Salitre, su rector reconoce que los profesores han comenzado a transformar su mirada; “Un profesor llega y me dice: Armando tengo 4 niños

con necesidades educativas especiales y la profesora de al lado no tiene ninguno, ¿podemos distribuirlos? O llega otro profesor y me comenta: mi curso está lleno de niñas, es bueno que lo miremos; o la profesora de educación física que favorece las diferentes expresiones culturales regionales al constatar que al menos 10 niños o niñas de los cursos de primaria, proceden de diferentes lugares de la costa”.

Sin embargo, sabemos que no es suficiente, que debemos continuar, seguir revisando lo que hacemos y cómo lo hacemos, en solitario o en compañía, a través de otros o a través nuestro; conversando, preguntando, leyendo, observando, pensando. También mirando nuestra historia y alejándonos de ella, reconociendo las leyes y explorando sus límites, creando y recreando.

La oportunidad frente a la complejidad: los docentes, directivos y la comunidad

La complejidad que hemos intentado esbozar, sobre la diversidad en la convivencia escolar, necesariamente convoca al esfuerzo de todos, de sujetos que como nuestros invitados, se declaran en proceso de seguir siendo humanos. Ellos y ella no están por fuera de los problemas ni de las oportunidades que brinda la escuela. ¿Qué ha contribuido a cambiar mi mirada frente al tema de la diversidad y de la inclusión?, se pregunta María Cristina. Luego de pensar y dibujar una sonrisa en su rostro, responde: “Siempre he sido una maestra”. Y eso qué significa, le preguntamos nuevamente, y ella precisa: “Primero, un maestro tiene que escuchar a los demás; segundo, tiene que tener una fundamentación teórica sobre lo que somos los seres humanos; esto me ha parecido de gran importancia ahora como rectora para liderar procesos pedagógicos con tanta gente diversa y en situaciones tan difíciles. Y una tercera condición es que los docentes debemos tener un lenguaje que convoque, un lenguaje que sea capaz de convencer o por lo menos, de concitar posturas e invitar a su conciliación. Tal vez esto es lo más difícil, pero no por esto se debe renunciar”.

Ella considera que un rector debería hacer la carrera de docente; “he visto en mis colegas rectores que quienes no la hicieron, o sea, quienes dieron el salto de docente a rector, han tenido menos posibilidades de convocar a sus docentes. El hecho de ser maestro te permite entender ese lugar, luego como coordinador tienes la posibilidad de estar interactuando permanentemente con los maestros, con los estudiantes, con los padres de familia; o sea, tienes otra visión de lo que es una institución educativa. Y luego, si puedes pasar a ser rector, tienes necesariamente que comprender lo que significa estar en el aula de clase, lo que significa ser coordinador, para que puedas dirigir una institución. Yo tuve la suerte de ser normalista, o sea, toda mi vida la he dedicado a la docencia. Me parece que esa experiencia es muy buena y uno tiene que tener un poco de paciencia”.

Alejandro y Armando coinciden con ella en subrayar la importancia del reconocimiento a los maestros, y en especial, de todo aquello que puede hacer el rector para lograr el reconocimiento de sí mismos. “Es importante que el maestro sienta que está trabajando con alguien que lo aprecia, que le exige y que comprende su lugar; que trabaja con otros y otras que dependen de lo mejor de cada quien y que por lo tanto, amerita su preparación permanentemente”. A la vez, los tres destacan la importancia de la sinceridad y el tacto para hacerles ver sus principales falencias y debilidades.

El trabajo en comunidad es la apuesta en la que confluyen los tres, cada uno a su estilo. Armando insistió en la importancia de la construcción de un proyecto en conjunto, en común, que haga lectura de los terri-

torios escolares. Él refiere que “El colegio El Salitre fue una escuela para los hijos de los campesinos de las haciendas agrícolas con sembrado de papa, trigo y otros cultivos; y las mineras, en las montañas de Suba donde estaban las excavaciones de carbón. Por más de un siglo esta escuela fue campesina, pegada a la tierra; algunos abuelos de los niños del colegio estudiaron en esas escuelas. Sin embargo, hoy el colegio es otro; el acelerado proceso de urbanización ha desplazado o desaparecido el contexto campesino, y por lógica han llegado las construcciones de altísimos edificios. La esencia del colegio se ha transformado y hemos conservado el proyecto ambiental”. Ahora, la comunidad educativa se construye a partir de todos los que allí confluyen; no hay una identidad rural o “bogotana”, sino un proyecto de pertenencia con todos los chicos que son o no son de ahí. Lo importante es que cada cual puede aportar.

Para María Cristina la construcción de comunidad es un reto, por cuanto hay temas de mayor sensibilidad que otros; uno es el debate que suscita la inclusión de personas con discapacidad, y otro, el que se exagera por el respeto a las diferentes opciones sexuales y de género; mientras en el primero circulan argumentos que van desde el derecho a la “compasión” y “misericordia”, en el segundo se recurre a los fundamentos de las religiones o a los descubrimientos de la ciencia y la medicina. Ambos temas son importantes pero ameritan tratamientos diferentes, y de su tacto dependerá la aceptación o no que se tenga en el conjunto de la comunidad educativa. “Me parece que se debe trabajar el tema de las diferentes formas de orientación sexual,



aunque todavía haya un fuerte rechazo; me parece que son personas muy vulnerables y que cualquiera puede matarlos. Creo que la homosexualidad no ha sido completamente reconocida, pueden anularlos muy fácilmente a pesar de todos los esfuerzos que se están haciendo”.

Para Alejandro la comunidad se construye en la convivencia, y por ello, es un asunto de todos los que compartimos este espacio. Considera necesario hacer visibles a quienes poco se ven, por ejemplo a los administrativos; “hemos venido trabajando desde el portero hasta la señora del aseo, las personas de la cafetería, la secretaria y los asistentes; también con ellos hemos venido hablando sobre el manual de convivencia, sobre la forma de educar y sobre los compromisos de cada cual. Tenemos distribuido el espacio escolar, donde todos estamos, compartimos, y nos competen todos. Poco a poco hemos creado la conciencia de que estamos Unidos alrededor de proyectos”.

Y continúa: “Con las familias hablamos de lo que está pasando con los muchachos en ese trabajo de comunidades, les contamos lo que estamos haciendo. Les proponemos dejar de llevar las quejas de los profesores, o de lo que está pasando con su hijo; para esto hay otras instancias y otros momentos. Cuando nos reunimos en comunidad es para hablar de nosotros. Así estamos haciendo con los profesores en las reuniones del área; les decimos que los problemas hay que tramitarlos, y miraremos cómo los resolvemos; pero que venimos a la reunión a hablar de sus

grandes temas, de los proyectos pedagógicos y de comunidad, del proyecto de convivencia, el proyecto “Fronteras”. Entonces ¡tenemos bastante de qué ocuparnos!”.

Construir comunidad significa reconocer los códigos en los que se mueve cada cual: “Hay niños que evitan identificarse con el resto de los estudiantes porque proceden de familias de personas reinsertadas o desplazadas; éstas hacen enormes esfuerzos por permanecer ocultos, invisibles. Sin embargo, para el colegio es importante reconocerlos pues nos implica actuar. Nosotros cada año hacemos una actividad denominada cartografía social y trata de un ejercicio a la llegada de los chicos donde intentamos descubrir al niño, la niña o a los jóvenes. Los profesores, durante los primeros días, hacen ese ejercicio niño por niño, y van descubriendo quiénes acaban de llegar a la ciudad, a qué se dedican sus padres, de qué región proceden. En nuestros salones de hoy en día puede haber estudiantes de cualquiera de los frentes de la guerra”.

Construir comunidad significa abrir la participación a todos sus miembros; cuenta Alejandro que “una empleada del aseo en los baños encontraba gran cantidad de comida en los inodoros, o porque se la mandan de la casa a los muchachos y tenían que llegar con la lonchera desocupada, o porque se le servía su plato en el almuerzo y luego lo botaban. Ella un día decidió empezar a tomarle fotos y a filmar, y luego llevó la situación con muchachos en el consejo estudiantil. Les dijo: “Yo quiero hablar con ustedes porque miren lo que yo he estado encontrando, y esto



no puede ser; yo vengo de un barrio popular y soy muy pobre, donde es difícil garantizar la comida para mis hijos, y miren ustedes lo que hacen”. Los muchachos me contaron, y un día le dije a la señora “Acompáñame a una formación que es muy importante lo que usted ha dicho”. Esta mujer empoderada con ese micrófono, les dio una lección de respeto y de valoración por la comida, y de respeto a su trabajo. En Navidad los estudiantes organizaron un homenaje a los trabajadores, como reconocimiento a su trabajo; fue un acontecimiento bellísimo. La comunidad es reconocer que aquí somos iguales, aquí cada uno tiene funciones diferentes pero somos iguales”.

La diversidad en la convivencia escolar: retos para todos

Se hace camino al andar; el reconocimiento de la diversidad es un trabajo que se hace en la experiencia y en su proceso de reflexión. No hay recetas, solo experiencia. Cada experiencia es única e irrepetible y lo importante es lo que aprendemos de ella cuando la transitamos. Sabemos que las resistencias ante la diversidad no se debilitan cuando las estudiamos o documentamos, sino cuando las vivimos; encontrándose frente a frente con los sujetos que seguramente nos interpelan algo de nosotros mismos, y sabiendo que ellos y ellas son una oportunidad para descubrirnos.

Acercarnos a otras personas que hablan, piensan, sienten, gozan y se comunican de manera diferente, y que seguramente tienen otras estéticas en torno al cuerpo, a la palabra y a los sueños, podría ser el propósito de la convivencia escolar. La inquietud y el miedo que inicialmente nos suscita el otro, que es diferente, es la puerta de entrada a una experiencia social y cultural que nos estructura como sujetos. Hemos de tramitar lo que nuestras vísceras van diciendo, a veces volviendo a pasar todo por la cabeza o por el corazón. La escuela, los docentes y la comunidad pueden ser compañeros ideales en este viaje; que nos acompañan escuchándonos, preguntándonos y ayudándonos a ponerle rostro y sentimientos a aquellos que nos asustan.

Pareciera entonces, que un primer reto es que en la educación de los niños, niñas y jóvenes, como en la formación de maestros, el reconocimiento y respeto a la diversidad se constituya en un asunto central. Afirmo María Cristina: “cuando empezamos a atender estudiantes sordos en el programa de formación, eso movilizó mucho a los maestros y empezaron a entender lo que significaba toda esa situación. Yo creo que eso sensibiliza sobre todo a los estudiantes; los jóvenes de noveno, décimo, undécimo y el programa de formación están interesados en cómo comunicarse con las estudiantes sordas, entonces están tratando de aprender el lenguaje de señas”.

**La comunidad es reconocer
que aquí somos iguales,
aquí cada uno tiene funciones
diferentes pero somos
iguales**

Pero, adicionalmente, no es suficiente el trabajo con los estudian-

tes; necesariamente debe involucrarse a las familias. Ellas juegan un papel central en cada una de las situaciones de los colegios, donde incluso llegan a comprometerse decisiones administrativas de alguno de los estudiantes o en general, de miembros de la comunidad. Los rectores, por su parte, plantea el profesor Armando: “estamos llamados a tener un pensamiento amplio, una visión del mundo compleja tal como es la sociedad y como son los colegios; una visión donde quepan todas las demás visiones, para poder trabajar en conjunto, porque y si no, ¿cómo hacemos?”.

Otro de los retos ha sido formulado en términos de la formación de maestros. La rectora de la Escuela Normal insiste en perspectivas que superen las disciplinas escolares, o los enfoques cognitivos y academicistas; “Creo que debe haber una crítica muy fuerte al tema de la formación de los maestros. Yo encuentro que las Escuelas Normales apuntamos al tema de la pedagogía, a formar al maestro siendo sensible y a resolver problemas desde la pedagogía y con la pedagogía. Me parecen centrales dos aspectos: uno, sensibilizarlos frente a lo que significan los niños y niñas, y los jóvenes de hoy; y dos, frente a todo aquello que permanentemente pueda contribuir a su constitución como maestros. No obstan-

te es necesario un clima institucional que favorezca este crecimiento, que los maestros se encuentren, hablen y resuelvan colectivamente los problemas. En la Normal hemos hecho muchos esfuerzos para lograr los encuentros de maestros y para hacer de la práctica un objeto de estudio”.

Un tercer reto lo constituye la posibilidad de hacer más accesible la escuela, en tanto la diversidad es la mayor riqueza para la convivencia. Una aspiración del rector del IPN es abrir el colegio a todos aquellos que lo consideran imposible, y en particular a la población afrodescendiente en Bogotá. “Me pregunto, ¿por qué no solicitan cupos?”, y se disparan diferentes hipótesis. Sin embargo, lo importante de esta propuesta es la sensación que tiene el rector, de que su comunidad educativa se está perdiendo de una experiencia significativa.

No menos importante son los retos relacionados con las condiciones de posibilidad de la diversidad y la inclusión. En tanto los colegios públicos no logren descargar de la parte administrativa a los rectores, van a seguir en deuda los proyectos pedagógicos y convivenciales de las instituciones. Es necesario generar otras condiciones para la atención de todos los estudiantes; nombrar apoyos administrativos para la dirección de los colegios, disminuir el parámetro para la asignación de recursos, hacer nombramiento de maestros y personas que apoyen los proyectos, asignar más orientadoras o personas dedicadas al bienestar de los estudiantes y sus familias, vincular profesionales que promuevan el trabajo con las comunidades, por ejemplo. Al respecto, afirma Armando “(...) usted atiende un caso, pero después ya no atiende cinco más y eso viene como en efecto dominó. Por ejemplo, se atiende el caso de un chico que golpea a otro y empezamos a hacer la investigación, paso por paso, preguntándonos por las razones de comportamiento, por su irascibilidad, por su reacción violenta y demás; finalmente descubrimos que el estudiante agredido se refirió a él como “costeño maluco”, y esto desencadenó toda la situación. Como este caso hay diez que están ocurriendo al mismo tiempo y sin quién asuma de manera responsable cada situación. Sabemos que de su manejo depende que cerremos algo, o por el contrario, que desencadenemos algo más, hasta el punto de colapsar”.

Pueden lograrse mejores procesos de formación a los docentes, rectores más dispuestos, comunidades con mayor compromiso, pero un riesgo latente es la complejidad en la gobernabilidad de los colegios hoy. “Entre más niños, menos posibilidades de atenderlos como se debe. Ahí ni la pedagogía puede resolver ese tema”, puntualiza la rectora de la Escuela Normal.

